



# Al servicio de un mundo herido en solidaridad interreligiosa

*Un llamado cristiano a la reflexión y a la acción  
durante la covid-19 y más allá*



**Consejo Mundial  
de Iglesias**



# Al servicio de un mundo herido en solidaridad interreligiosa

*Un llamado cristiano a la reflexión y a la acción  
durante la covid-19 y más allá*

**Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso  
Consejo Mundial de Iglesias**



**Consejo Mundial  
de Iglesias**

Al servicio de un mundo herido en solidaridad interreligiosa:  
Un llamado cristiano a la reflexión y a la acción durante la covid-19 y más allá

Una publicación conjunta del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y el Consejo Mundial de Iglesias. Copyright © 2020 WCC Publications/PCID. Reservados todos los derechos. Se pueden hacer copias de esta publicación para uso no comercial. Sírvase dar el crédito e informar a los editores para cualquier otro uso. Escriba a: [publications@wcc-coe.org](mailto:publications@wcc-coe.org) ; [dialogo@interrel.va](mailto:dialogo@interrel.va)

En la traducción al español, las citas bíblicas se han tomado de la *Sagrada Biblia* – *Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Madrid: BAC, 2010

Diseño de cubierta original: Sor Judith Zoebelein, FSE  
(Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso)

Diseño y tipografía: Beth Oberholtzer

ISBN: 978-2-8254-1743-0

Traducido al español por el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso.

Consejo Mundial de Iglesias  
150 route de Ferney, Apdo. 2100  
1211 Ginebra 2, Suiza  
<http://www.oikoumene.org>

Pontificio Consejo para  
el Diálogo Interreligioso  
Via della Conciliazione, 5  
00120 Ciudad del Vaticano  
[www.pcinterreligious.org](http://www.pcinterreligious.org)

# Contenido

- 6** Preámbulo
- 8** La crisis actual
- 11** Solidaridad sustentada por la esperanza
- 13** Nuestra base para la solidaridad interreligiosa
- 16** Principios
- 21** Recomendaciones
- 23** Conclusión

# Preámbulo

¿Qué significa que los cristianos amemos y sirvamos a nuestros semejantes en un mundo en el cual la pandemia de la covid-19 ha causado tantísimo sufrimiento? En un tiempo como este, el Consejo Mundial de Iglesias (CMI) y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (PCID por sus siglas en inglés) hacen un llamado a los seguidores de Jesucristo a amar y servir a sus prójimos. Nos centramos en la importancia de hacerlo en solidaridad también con aquellos que profesan y practican religiones diferentes de la nuestra o que no se consideran afiliados a ninguna tradición particular de fe.

Este documento aspira a ofrecer un fundamento cristiano para la solidaridad interreligiosa que pueda inspirar y confirmar, en los cristianos de todas las iglesias, el impulso a servir a un mundo que está herido no solo por la pandemia de covid-19 sino también por muchas otras heridas. Aunque su intención es dirigirse principalmente a los cristianos, esperamos que también resulte útil a aquellos seguidores de otras religiones que ya han respondido a esta crisis con pensamientos similares basados en sus propias tradiciones. El desafío mundial de responder a esta pandemia nos llama a una mayor conciencia y cooperación ecuménica e interreligiosa.

La parábola del Buen Samaritano (cf. Lucas 10,25-37) nos ayuda a reflexionar sobre la pregunta: “¿A quiénes estamos llamados

a amar y a cuidar?”, y nos ofrece orientación acerca de las complejidades que van implícitas en los términos “servicio” y “solidaridad”. Jesús narra este relato en el contexto del mandato a amar al prójimo. Cuando a cierto hombre lo hieren y lo dejan a un lado del camino, unos miembros de su propia comunidad religiosa le pasan de largo y lo dejan sin atender. La persona que por fin se detiene y le ayuda —un samaritano— proviene de una comunidad que durante siglos ha estado en disputa con la comunidad de ese hombre acerca de la identidad religiosa, de la forma correcta de dar culto, y del derecho a participar en asuntos políticos. El relato es una invitación a reflexionar sobre la necesidad de trascender límites en el servicio que uno presta a los que sufren y en la solidaridad con ellos. Es también un llamado a superar los supuestos negativos que podamos albergar y a reconocer con humildad y gratitud que el “otro” (en este caso el samaritano) puede mostrarnos el verdadero sentido del servicio y de la solidaridad.

Esta parábola desafía a los cristianos a pensar acerca de cómo vivir en un mundo herido por la pandemia de covid-19 y por el azote de la intolerancia religiosa, la discriminación, el racismo, la injusticia económica y ecológica, y muchos otros pecados. Necesitamos preguntarnos: ¿quién está herido, y a quién hemos herido o descuidado? Y ¿dónde podríamos sorprendernos al ver en acción esa compasión que es semejante a Cristo? Este relato nos apremia a superar el prejuicio religioso y los sesgos culturales en relación tanto con aquellos a quienes servimos, como con aquellos con quienes servimos, al esforzarnos por aliviar el sufrimiento y por restaurar la curación y la salud en un mundo pluralista. Al mismo tiempo, nos da esa esperanza que ocupa un puesto central en nuestra fe y en nuestra forma de vivirla, cuando nos percatamos de que es Cristo mismo, como ese “otro” inesperado —el samaritano— el que está ofreciendo su ayuda al herido.

# La crisis actual

La pandemia de covid-19 ha tenido un impacto sobre la comunidad mundial con una inmediatez inevitable y con poca preparación de nuestra parte. Ha alterado dramáticamente la vida diaria de todas las personas, y ha puesto de manifiesto de manera ineludible la vulnerabilidad que todos los seres humanos compartimos. Junto a los millones de personas que se han infectado físicamente, muchas más se han visto afectadas psicológica, económica, política y religiosamente; y todas han quedado privadas del culto público. Mucha gente ha luchado para hacer frente a la muerte y el duelo, especialmente con la imposibilidad de estar junto a sus seres queridos en su lecho de muerte y realizar de manera digna las honras fúnebres. El confinamiento ha puesto de rodillas a la economía mundial y el hambre podría duplicarse en el mundo debido a esta catástrofe. También ha contribuido a un incremento en la violencia doméstica. Las exigencias de distanciamiento físico y social han hecho que mucha gente quede en total aislamiento. La desesperanza, la ansiedad y la inseguridad han llegado a dominar la vida humana. El coronavirus ha afectado a todos: ricos y pobres, ancianos y niños, gente en zonas urbanas y campesina, agricultores e industriales, trabajadores y estudiantes.

Si bien la humanidad entera está gravemente herida, la pandemia nos ha recordado la escandalosa brecha que existe

entre ricos y pobres, entre privilegiados y desfavorecidos. En muchos lugares, los enfermos, los ancianos y los discapacitados son los que han sufrido más profundamente, con frecuencia con poca o ninguna atención médica. La pandemia ha exacerbado los prejuicios raciales y ocasionado un aumento en la violencia contra aquellos que por largo tiempo han sido considerados una amenaza a la comunidad política dominante que está estructurada y sostenida en sistemas de desigualdad, exclusivismo, discriminación y dominación. La gente marginada, especialmente los migrantes, los refugiados y los prisioneros, son quienes han resultado más afectados por esta pandemia.

La miseria humana asociada con la pandemia de la covid-19 está dándose en medio del contexto más amplio del sufrimiento de este planeta. Muchos nos han llamado a que escuchemos no solo las voces de los seres humanos que sufren, sino también los prolongados clamores de la tierra y de toda la comunidad de vida que la habita, todo lo cual podría agravarse por las consecuencias económicas de un mundo post-covid-19. También podemos ver esta crisis de salud como una precursora de crisis futuras relacionadas con el cambio climático y el ataque contra la biodiversidad. Necesitamos urgentemente una conversión ecológica de actitudes y acciones para cuidar de nuestro mundo con mayor eficacia, poniendo atención a los gemidos de la creación.

La mayor conciencia de la vulnerabilidad que compartimos es un llamado a nuevas formas de solidaridad que traspasen todas las fronteras. En esta hora de crisis, reconocemos con gratitud el servicio heroico que prestan los trabajadores de atención a la salud y todos aquellos que ofrecen servicios, incluso a riesgo de su propia salud, sin distinciones de identidad. También

hemos visto señales florecientes de solidaridad humana con los necesitados, que se manifiesta en la ayuda voluntaria y la beneficencia. Nos alegramos de ver que los cristianos, así como gente de todas religiones y gente de buena voluntad, están colaborando para construir una cultura de compasión, proyectándose hacia los necesitados y los vulnerables con asistencia material, psicológica y espiritual, tanto en el nivel individual como en el institucional. Es que somos una sola familia humana: estamos todos emparentados como hermanos y hermanas y juntos cohabitamos la tierra, nuestra casa común. Nuestra interdependencia nos recuerda que nadie puede salvarse por sí solo. Este es un tiempo para descubrir nuevas formas de solidaridad para repensar el mundo posterior a la covid-19.

Dado que las relaciones interreligiosas pueden ser un medio poderoso de expresar y construir la solidaridad, así como de abrirnos a recursos que nos llegan desde más allá de nuestras limitaciones, invitamos a reflexionar sobre cómo nosotros, como cristianos, podemos colaborar en solidaridad con toda la gente de fe y de buena voluntad. En este recorrido hacia la solidaridad, diferentes comunidades se ven inspiradas y sostenidas por la esperanza que encontramos en nuestras respectivas tradiciones.

# La solidaridad sustentada por la esperanza

Toda la gente tiene esperanzas y sueños, y la esperanza ofrece fortaleza para apoyar la voluntad humana de vivir, incluso en tiempos difíciles. Como cristianos, ciframos nuestra esperanza en el reino prometido por Dios en que toda la creación se encuentre reconciliada y unida en justicia y en paz. Esta esperanza transforma nuestras vidas, ya que dirige nuestra mirada más allá del mundo presente y al mismo tiempo nos conduce a que sigamos a Cristo en el servicio a este mundo y a su florecimiento. La consecuencia es que todos los cristianos estamos llamados a cooperar y colaborar con los seguidores de otras tradiciones religiosas para dar cumplimiento a nuestra esperanza de un mundo unido, un mundo de justicia y de paz. En un sentido más amplio, estamos llamados a convertirnos en hombres y mujeres de esperanza, que trabajan juntos con todas las personas de buena voluntad para alcanzar un mundo mejor.

La esperanza es una característica esencial de todas las religiones. A lo largo de la historia de la humanidad, sabemos que la esperanza religiosa ha inspirado con frecuencia a los creyentes a cuidar, con amor y compasión, de aquellos que sufren las tragedias de la condición humana. Hoy día necesitamos valores éticos y espirituales universales y compartidos para inyectar una

nueva esperanza a este mundo que ha sufrido los estragos de la pandemia. En este sentido, las religiones pueden ofrecer un aporte precioso para despertar y guiar a la humanidad en la construcción de un nuevo orden social en los niveles local, regional, nacional e internacional. Es necesario que esta nueva visión se base en la unidad de la familia humana, así como en un legado de valores morales comunes a todos los seres humanos. En la actualidad, hay una interconexión mundial que nos apremia a asumir una responsabilidad planetaria basada en valores religiosos y éticos comunes, para servir y sanar al mundo post-covid-19. Estamos llamados a comprometernos de nuevo con el mundo, particularmente en respuesta al doloroso sufrimiento que hay en nosotros mismos, en nuestras familias, en nuestras ciudades y naciones y en toda la creación.

# Nuestra base para la solidaridad interreligiosa

Como cristianos, vemos la base para la solidaridad interreligiosa en nuestra fe en el Dios que es uno en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo:

- 1.** Todos los seres humanos son criaturas del único Dios, el Padre (cf. Génesis 1,26-27), que tiene para ellos el mismo plan de amor. Somos hermanos y hermanas, conectados por el amor y por nuestra igual dignidad que no tenemos que ganarnos. Por lo tanto, como una familia vinculada por el único Creador y creada a imagen de Dios, tenemos responsabilidad unos por otros. Esta conciencia nos desafía a ser el rostro y el instrumento del amor sanador de Dios en el mundo, defendiendo y restaurando la dignidad de todos los seres humanos. Al cuidar unos por otros y al eliminar los obstáculos que nos impiden ser y llegar a ser personas responsables por el mutuo bienestar, honramos a aquel a cuya semejanza fuimos hechos. Como nos lo muestra el Buen Samaritano, esta solidaridad es universal, trasciende las fronteras y se dirige a toda la humanidad. Nuestra conexión fundamental y nuestro origen compartido importan muchísimo más que las divisiones percibidas, que han sido construidas por los seres humanos.
- 2.** Nuestra confianza y nuestra esperanza están puestas en Jesucristo, quien por sus heridas nos ha curado (cf. 1 Pedro 2,24).

En Jesucristo nos hallamos cara a cara con el sufrimiento sin perder nuestra bien fundada esperanza. En su sacrificio Jesús llevó la compasión, en el sentido original de “padecer con”, hasta el extremo de su poder sanador, en un amor que sobrepasa nuestro entendimiento. Nosotros, como cristianos, estamos llamados a este mismo “padecer con” que es sanador, volviéndonos canales del amor de Jesús, y al mismo tiempo dependiendo de él para nuestra propia curación. Es la compasión del Buen Samaritano lo que nos permite verlo a él como una imagen de Cristo, que cura las heridas del mundo. Nos consta que las virtudes de la misericordia y la compasión por todos los que sufren resuenan también en otras tradiciones religiosas, las cuales a su vez tienen ricos ejemplos de generosidad y de solicitud por los más necesitados.

- 3.** También vemos a Cristo en el hombre herido a la vera del camino. En el sufrimiento de nuestras hermanas y hermanos encontramos la faz del Cristo sufriente (cf. Mateo 25,31-46). Esta comprensión de Cristo que padece con toda la humanidad nos desafía, como cristianos, a reconocer que todo sufrimiento encierra la misma dignidad y el mismo clamor por la curación: ni siquiera “uno de estos pequeños” (cf. Mateo 18,14) se puede quedar atrás. Para nosotros, la solidaridad de Jesús con el que sufre es tan radical como transformadora: abraza de lleno la condición doliente del mundo, sin permitirse ninguna distancia respecto al dolor del otro y asumiéndolo. Sin embargo, en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos esta solidaridad también abre una nueva manera de ser para todos. La resurrección es prueba y certeza de que el amor es más fuerte que todas las heridas, por profundas que sean, y de que la muerte no tendrá la última palabra.

4. Cuando nos solidarizamos con los demás, quedamos conectados por la acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo “sopla donde quiere” (Juan 3,8). Cuando nos acercamos al otro, especialmente al necesitado –como lo hace el Buen Samaritano–, bien podríamos quedar asombrados y humillados por ver a Dios en acción allí. Como la fuerza espiritual que nos hace volvernos a Dios en oración y a nuestro prójimo en servicio y solidaridad, el Espíritu nos conecta en una forma particular con todos los seres humanos de fe. Nos potencia con dones que debemos usar con el fin de edificar a los demás. Tiene la capacidad de producir en nosotros acciones de amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, humildad y dominio propio y de apartarnos del sendero de la vanidad, la competencia y la envidia (cf. Gálatas 5,22-23.26). Es también el Espíritu el que nos envía al mundo para ser para él buenas nuevas y para ser las manos de Cristo que cuida de todos los que sufren.

# Principios

Nuestra fe en la importancia de recorrer juntos este sendero se refleja en el hecho de que este documento fue escrito conjuntamente por el CMI y el PCID. Creemos que tanto el proceso de su concepción como su contenido reflejan nuestra apertura y responsabilidad como cristianos para entablar el diálogo con los seguidores de otras tradiciones religiosas. Reconocemos los siguientes principios que nos guían en la labor de servir mutuamente en un mundo herido, junto con todos los seres humanos de fe y de buena voluntad. Esos principios brotan de la fe que compartimos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en el plan de Dios para toda la humanidad.

**1. Humildad y vulnerabilidad:** Como cristianos, estamos llamados a caminar humildemente con nuestro Señor (cf. Miqueas 6,8; Mateo 11,29) y a estar dispuestos a tomar parte en los sufrimientos de Cristo y en los sufrimientos del mundo. En la apertura de este “atreverse y atender” aprendemos a vivir nuestro testimonio como una manera de estar junto a los demás. En esa humildad y vulnerabilidad, seguimos el modelo de Cristo y de su amor sacrificial, y en Él alcanzamos nuestro pleno potencial (cf. Filipenses 2,5-11). Es el orgullo, así como la incapacidad de abrirnos al otro lo suficiente para crecer, lo que nos atrapa en posturas atrincheradas que crean y perpetúan la división. Como Jacob en su lucha con Dios, también nosotros debemos arriesgarnos

a ser heridos para recibir la bendición (cf. Gén. 32,22-32). Nos hacemos vulnerables cuando les decimos la verdad a los que están en el poder, y cuando levantamos la voz por aquellos que sufren injusticia. También creemos en la justicia como base para el perdón, sin el cual no se puede resolver el conflicto, y nos ubicamos en una larga tradición de cristianos que han dado su vida en la lucha por ella, reflejando el sacrificio desinteresado de Jesucristo.

- 2. Respeto:** Como cristianos, necesitamos tener respeto por la situación singular y compleja de cada individuo y su derecho a narrar su propia historia. Estamos llamados a ver y tratar a las personas como sujetos de sus propias historias y no como objetos de las nuestras, y a resistirnos a reducir sus derechos y su libertad a factores tales como el estado de su salud física o mental, su nacionalidad, su ingreso, su sexo, el color de su piel, etc. En esto damos testimonio de un Dios cuya autorrevelación en un tiempo específico y en un lugar particular, en el rostro humano de Jesucristo (cf. Juan 1,14), afirma la totalidad de la humanidad, y que todos los seres humanos son creados a imagen de Dios. Esto nos obliga a trabajar para cerrar brechas y sanar desigualdades dondequiera que ocurran, incluso entre ricos y pobres, entre hombres y mujeres, en cercana conversación y colaboración con aquellos cuyas vidas e historias suelen quedar suprimidas a causa de esas desigualdades (cf. Mateo 7,12).
- 3. Comunidad, compasión y el bien común:** Estos valores constituyen la base para nuestro compromiso con el mundo (cf. Mateo 5,7). Estamos llamados a abrazar la realidad compleja y dolorosa de la vida humana, tal como lo hizo Dios al hacerse hombre en Jesucristo. Es solo en relación que experimentamos plenamente nuestra humanidad, y al amar al otro y compartir su sufrimiento, nos volvemos plenamente

humanos en la forma en que Dios se propone que lo seamos y nos ha revelado en el ejemplo de Jesucristo. El ímpetu para nuestra solidaridad radica en construir comunidades justas e inclusivas, que cultiven la compasión y fomenten el bien común poniendo mayor atención a las heridas del mundo que Jesús abrazó por medio de su sufrimiento con los despreciados del mundo: “fuera de la puerta” de la ciudad (Hebreos 13,12).

**4. Diálogo y aprendizaje mutuo:** Estamos llamados a aprender unos de otros en este tiempo de crisis. También debemos estar abiertos a lo que Dios puede enseñarnos por medio de aquellos de quienes menos esperamos aprender nada (cf. Hechos 11,1-18). Los pobres y los heridos con frecuencia tienen lecciones importantes que enseñar y dones que dar. Todos necesitamos reconocer la pobreza y la condición herida dentro de nosotros. Necesitamos estar preparados a que nuestra vida sea cambiada en la misma medida en que estamos tratando de cambiar las vidas de otras personas: por ejemplo, cuando se acoge a los migrantes y refugiados, tanto ellos como las comunidades que los reciben pueden transformarse. En los sufrientes y vulnerables hay una oportunidad para encontrar las obras de Dios (cf. Juan 9,2-3). Al ser creado a imagen y semejanza de Dios, todo ser humano puede reflejarnos a nosotros la imagen divina, y ayudarnos a preguntarnos si estamos realizando bien nuestro llamado a mostrar el amor de Dios a los demás.

**5. Arrepentimiento y renovación:** Para ser parte del proceso de curación y de salud, nosotros los cristianos estamos llamados a reconocer nuestra complicidad y nuestra culpa en muchos sistemas de opresión que exacerbaban los sufrimientos de muchos (cf. 2 Samuel 12). Con la certeza de que nuestro Dios perdona, necesitamos preguntar cómo es que nosotros, que estamos heridos por el pecado, hemos herido a otros,

y más en general a toda la creación de Dios. Necesitamos escuchar el clamor tanto de nuestra madre tierra como de nuestras hermanas y hermanos que sufren. Con dolor de corazón reconocemos que, como comunidades, también nosotros tenemos una historia de maltrato que ha herido a los más vulnerables entre nosotros. La confesión de nuestra complicidad en el sufrimiento es el punto de partida para una verdadera renovación que nos posibilite vivir vidas más justas. Esa reflexión autocrítica nos ayudará también a resistir la tentación de culpar a los pobres por su pobreza, o a los heridos por sus heridas. También nos ayuda a rechazar la idea de que Dios escoge a unas personas para que prosperen y a otras para que sufran, basándose en su valía o en sus acciones, y a superar aquellos sistemas de injusticia que tácitamente hemos perpetuado por medio del silencio y la neutralidad.

- 6. Gratitud y generosidad:** Los cristianos estamos llamados a ser agradecidos y generosos. Debemos recordar que, sin ningún mérito de nuestra parte, somos ricos en dones dados por Dios, que es la fuente de todo don perfecto (cf. Santiago 1,17). Por esto debemos estar agradecidos con Dios. Debemos resistir la tentación de apegarnos a nuestras posesiones. Uno de los rasgos definitorios de la Iglesia primitiva era su radical economía del compartir, que iba acompañada de la alegría y la sencillez de corazón (cf. Hechos 2,45.46). También vemos ejemplos de comunidades cristianas primitivas que se desbordaban en gozo y en generosidad, incluso en medio de grave aflicción y extrema pobreza, con el poder de la gracia de Dios, que en Jesucristo se hizo pobre por nosotros (2 Corintios 8,1-9). Nuestro gozo y gratitud por la autorrevelación de Dios a nosotros en Jesucristo nos ofrecen la seguridad y la confianza que necesitamos para poner nuestro ser entero en la fila

para servir a un mundo herido, inspirados por ejemplos inesperados de generosidad.

**7. Amor:** Estamos llamados a vivir el amor de Cristo, mostrándole su rostro al mundo. Nosotros amamos porque él nos amó primero (cf. 1 Juan 4,19). El amor vivido muestra el verdadero rostro del cristianismo (cf. Juan 13,35), incluso cuando a veces el rostro que presentamos nosotros como cristianos, o los que otros interpretan, pueden ser difíciles de amar. Nuestra fe cobra vida en aquella acción que pone en práctica el amor de Cristo. Por consiguiente, el trabajar juntos por un mundo mejor construye en muchas maneras el reino de Dios que es de justicia, de paz y de alegría. Mantiene vivas y activas nuestra fe y nuestra misión, configura nuestra vida como cristianos para que seamos un signo amoroso de la presencia de Cristo, y edifica el amor y el entendimiento entre nosotros y aquellos con quienes nos unimos para expresar nuestro amor en acción. Cuando trabajamos con miras a aliviar el sufrimiento, también estamos trabajando con miras al reino que se nos ha prometido en Cristo y por medio de él, donde los últimos serán primeros (cf. Mateo 20,16), en marcado contraste con los imperios de nuestro tiempo.

# Recomendaciones

Hacemos un llamado a todos los cristianos para que sirvamos a nuestros prójimos y para que sirvamos al lado de ellos, tomando en consideración las recomendaciones que siguen:

- 1. Encontrar formas de dar testimonio** del sufrimiento, atrayendo la atención hacia él, y desafiando a aquellas fuerzas que quieran silenciar o excluir la voz de los heridos y vulnerables que están entre nosotros, pidiendo cuentas a las personas y estructuras que están detrás de ese sufrimiento.
- 2. Promover una cultura de inclusividad que celebre la diferencia como don de Dios**, para contrarrestar todos los signos de exclusividad que vemos hoy en nuestras sociedades a diversos niveles. Esto debe comenzar dentro de la vida familiar y continuar hasta llegar a otras instituciones sociales. Con este fin, recomendamos el uso responsable de los medios de comunicación social para fortalecer una comunicación sana y constructiva, para ampliar el mensaje de paz y solidaridad.
- 3. Alimentar la solidaridad por medio de la espiritualidad**, considerando cómo las prácticas espirituales tradicionales tales como la oración, el ayuno, la negación de sí y la limosna se pueden imbuir más profundamente de una conciencia de las necesidades del mundo más amplio y de nuestro llamado a ser solidarios con los que sufren.

- 4. Ampliar la formación** del clero, los miembros de las comunidades y órdenes religiosas (tanto masculinas como femeninas), el laicado, los servidores pastorales y los estudiantes para fomentar la empatía y para equiparlos con los mejores conocimientos y herramientas para trabajar por una humanidad herida, en cooperación con otros.
- 5. Reclutar y apoyar a los jóvenes**, cuyo idealismo y energía pueden ser un antídoto contra la tentación del cinismo, en el empeño por sanar a este mundo herido del que formamos parte.
- 6. Crear espacios para el diálogo** (como se propone hacerlo en este documento) que sean abarcentes e inclusivos. Aprender de los seguidores de otras religiones acerca de sus motivaciones, principios y recomendaciones para trabajar en solidaridad interreligiosa, de modo que podamos acercarnos más tanto en entendimiento como en cooperación. Asegurar espacio para que los marginados sean escuchados y respetados, ofreciendo lugares de pertenencia. Crear plataformas para que diferentes grupos se acompañen entre sí de modo que puedan crecer en amor y entendimiento.
- 7. Reestructurar proyectos y procesos para la solidaridad interreligiosa** mediante un examen de los proyectos que están en marcha y las fortalezas existentes, para determinar en qué aspectos podrían beneficiarse del trabajo en cooperación con otras comunidades, organizaciones y agencias. Reestructurar proyectos en una forma que afirme la diversidad en que hemos sido creados. Nuestro trabajo solo puede reflejar la plenitud de la humanidad si nos resistimos a la tentación de quedarnos “aquí entre nos”. El servir juntos a un mundo herido hace que todos nosotros seamos prójimos.

# Conclusión

La solidaridad ecuménica e interreligiosa hace posible que nuestro compromiso religioso se convierta en un factor que une a la gente en vez de dividirla. Cuando trabajamos hombro a hombro con creyentes de otras religiones y con personas de buena voluntad damos un ejemplo de paz, de justicia y de interconexión que están en el corazón de nuestras convicciones de fe, y al mismo tiempo, recreamos esos valores y los reforzamos.

Para los cristianos, la solidaridad interreligiosa es una forma de poner en práctica el mandamiento de Jesucristo de amar a los demás, y a la vez de trabajar con los otros para buscar la paz, que es la voluntad de Dios para el mundo. El crecer en amor por aquellos a quienes ayudamos, por aquellos con quienes ayudamos y por aquellos que nos ayudan a nosotros crea muchas formas en que podemos vivir plenamente lo que Dios nos creó para que fuéramos: portadores de la imagen divina y personas que comparten esa imagen con los demás.

Al abrirnos a servir mediante la solidaridad ecuménica e interreligiosa a un mundo herido por la covid-19, ojalá derivemos fuerza del ejemplo de aquel a quien seguimos, Jesús el Cristo. Él no vino a ser servido sino a servir (Mateo 20,28). Imitando el amor y la generosidad del Buen Samaritano, procuremos apoyar a los débiles y vulnerables, consolar a los afligidos, aliviar el dolor y el sufrimiento y asegurar la dignidad de todos. Que nosotros, al abrir nuestros corazones en diálogo y al abrir nuestras manos en solidaridad, construyamos juntos un mundo que se caracterice por la curación y la esperanza.

La portada, ideada por Sor Judith Zoebelin, FSE (del PCID), representa las manos de solidaridad centradas por el corazón. Esto comunica el soportar y compartir las heridas del sufrimiento infligido por la pandemia de covid-19 y otros problemas que azotan a los seres humanos y al planeta. La máscara simboliza el esfuerzo humano, el sacrificio, la solidaridad y la responsabilidad para proteger la vida durante este tiempo.



**Consejo Mundial  
de Iglesias**

